

Thomas Merton: Un monje compasivo, un hombre paradójico

James Conner, oceso

Ingresé en la Abadía de Getsemaní en 1949, el mismo año en que Merton fue ordenado sacerdote. Por lo tanto tuve la gracia de vivir y trabajar con él durante diecinueve años. Siempre he dicho que él fue uno de los más grandes dones de mi vida. Me enseñó no sólo cómo ser monje, sino también cómo descubrir quién era yo y quién me llamaba Dios a ser. Uno de los grandes dones de Merton era precisamente su humanidad. Era capaz de ser una persona espiritual sin sacrificar nada de su propia humanidad. De hecho uno de los libros que enseguida me recomendó fue uno muy breve titulado *Holiness is Wholeness*¹. Esto era algo muy importante en Getsemaní por aquel tiempo. El jansenismo francés había influenciado bastante la reforma de La Trapa, la Orden de los Trapenses en general, y Getsemaní en particular. En aquellos años la vida monástica era considerada más como una vida de penitencia que de contemplación.

El hecho de que Merton hubiera estudiado en la universidad de Columbia y hubiera enseñado en el Colegio de St. Bonaventure significaba que estaba habituado a investigar en las fuentes de los temas que estudió o enseñó. Y este empeño lo conservó a lo largo de su vida monástica. Poseía un buen conocimiento del latín y del francés, y por eso era capaz de poder localizar y leer documentos primitivos tanto de monacato como de espiritualidad. Debido a esto, el Abad Dom Frederic Dunne le designó para que preparara una serie de breves estudios sobre los primeros santos cistercienses y hombres y mujeres virtuosos. En 1950 el nuevo Abad, Dom James Fox, le pidió que diera una serie de conferencias a los novicios. Todavía no era maestro de novicios. El material para estas conferen-

¹ Josef Goldbrunner, *Holiness Is Wholeness* (New York: Pantheon, 1955).

cias lo sacó de las fuentes primitivas del monacato, pues había investigado sobre éstas. Estas conferencias eran muy apreciadas por los novicios, debido tanto al tema elegido como al modo de presentación. Los temas los llevaba siempre muy bien preparados; pero era capaz de inyectarles su propio estilo humorístico y así hacerlos interesantes.

Después de varios meses el maestro de novicios se quejó de que Merton estaba dando más su propia doctrina más que la enseñanza tradicional. De hecho la realidad era lo contrario. Lo que Merton estaba ofreciendo era la auténtica historia monástica; lo que pasaba es que todo ese material histórico había sido preterido durante años para sobreponer y destacar fuentes de espiritualidad más populares, particularmente los escritos de santa Teresa de Lisieux. También el espíritu de la Orden se había movido desde la primacía de la contemplación a la primacía de la penitencia y la austeridad. Detrás de todo esto, sin embargo, había también cierta cortedad por parte del maestro de novicios. Estaba molesto al ver el éxito que tenía Merton entre los novicios y pensó que eso estaba interfiriendo a su influencia sobre ellos.

En junio de 1951 Merton fue designado para un nuevo puesto en la comunidad. Había unos treinta monjes jóvenes preparándose para el sacerdocio, y por eso se creó el cargo de maestro de estudiantes, que ocupó Merton. Él afrontó este nuevo oficio sintiéndose como pato en el agua. Había buscado un sentimiento de familia ya desde la muerte de su madre, cuando él tenía seis años, y desde la muerte de su padre, cuando tenía quince años. Quizá lo echaba de menos incluso antes, cuando habla del severo espíritu de su madre, y cuando tras la muerte de ésta su padre lo retuvo con él por temporadas y otras lo envió con sus abuelos de Nueva York. Su padre estaba más preocupado por su profesión artística y también por su relación sentimental con Evelyn Scott. Merton expresa sus sentimientos: "sin familia, sin patria, sin padre... sin Dios, sin cielo, sin gracia"². Muchas de sus travesuras mientras estaba en la escuela, bien en Francia o Inglaterra o Nueva York, pueden ser con-

² Thomas Merton, *The Seven Storey Mountain* (New York: Harcourt, Brace, 1948), 71-72 [*La montaña de los siete círculos* (México: Porrúa, 1999), 74-75].

sideradas como fútiles intentos de encontrar una familia donde no la había. Incluso después de su conversión e ingreso en el monasterio, las estrictas reglas de silencio y los ideales de soledad impidieron cualquier sentimiento profundo de pertenencia. Sin embargo, en su nuevo cargo fue a la vez padre y hermano de un grupo de monjes jóvenes que miraban hacia él para su formación.

Merton describe en sus diarios su reacción ante el nuevo encargo recibido: "Ahora que soy un director espiritual tengo que vivir más allá de mis propios límites en las almas de quienes Dios ha puesto bajo mi cuidado"³. Así, pues, esta nueva postura tuvo su influencia en Merton y su desarrollo. Después de unos cuantos meses, escribía:

Hace seis meses que soy maestro de estudiantes; he contemplado sus corazones y he tomado sus cargas sobre mí... No sé si ellos han descubierto algo nuevo, o si son capaces de amar más a Dios, o si les he ayudado en alguna manera a encontrarse a sí mismos, lo que quiere decir a perderse a sí mismos; pero sí sé lo que he descubierto: el tipo de trabajo, al que una vez tuve miedo porque yo pensaba que podría interferir con la "soledad", es, de hecho, el único camino hacia la soledad.

Más adelante decía:

¿Cuál es mi desierto? Su nombre es *compasión*... No existen fronteras que controlen a los moradores de esta soledad en la cual yo vivo solo... perteneciendo a todos y a nadie... porque Dios está conmigo y se asienta en las ruinas de mi corazón, predicando el evangelio a los pobres... ¿Supones que yo tengo una vida espiritual? No, no la tengo. Yo soy indigencia, soy silencio, soy pobreza, soy soledad, porque he renunciado a la espiritualidad para encontrar a Dios y es Él quien predica en voz alta en lo profundo de mi indigencia... *Compasión*. Te tomo por mi Señora. De la misma manera que Francisco desposó a la Pobreza, yo te desposo a ti, Reina de los eremitas y Madre de los pobres⁴.

³ Thomas Merton, *Entering the Silence: Becoming a Monk and Writer*, ed. Jonathan Montaldo (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996), 459.

⁴ *Ibid.*, 463-464 [*N. del T.*: Los diarios de Merton fueron publicados en inglés en 7 volúmenes. Posteriormente se hizo una edición reducida en dos volúmenes, que ha sido traducida al español. La cita corresponde al primero de ellos: *La vida íntima de un gran maestro espiritual: Vol. I. Diarios (1939-1960)*. Patrick Hart y Jonathan Montaldo, eds. (Barcelona: Oniro, 2000), 130].

Este espíritu de compasión llenaría el corazón de Thomas Merton durante el tiempo de su permanencia en el monasterio y se manifestaría en todo lo que escribió y enseñó durante esos años. Sólo después de otros seis meses Merton compuso la bellísima meditación que algunos han calificado como lo mejor de sus escritos:

La voz de Dios se oye en el Paraíso:

“Lo que era vil se ha vuelto precioso. Lo que ahora es precioso no fue nunca vil... Lo que era cruel se ha vuelto misericordioso. Lo que ahora es misericordioso no fue nunca cruel. Yo siempre he eclipsado a Jonás con Mi misericordia, y no conozco en absoluto la crueldad. ¿Me has visto alguna vez, Jonás, hijo mío? Misericordia sobre misericordia sobre misericordia. He perdonado al universo sin medida, porque nunca he conocido el pecado.

Lo que era pobre se ha vuelto infinito. Lo que es infinito no fue nunca pobre. Para mí la pobreza siempre ha sido algo infinito: no amo a los ricos...

Lo que era frágil se ha vuelto poderoso. Yo amé lo que era máximamente quebradizo. Me preocupé de lo que no era nada. Toqué lo que carecía de sustancia y, en el interior de lo que no era, yo soy”⁵.

Merton toca aquí los que él llama la “paradoja” de su vida. Por eso escribió:

Es en la misma paradoja, la paradoja que fue y es todavía una fuente de inseguridad, donde he llegado a encontrar la más grande seguridad. Me he convencido de que las auténticas contradicciones de mi vida son en cierto sentido signos de la gracia de Dios para conmigo... Paradójicamente, he encontrado paz porque siempre he estado insatisfecho. Mis momentos de depresión y desánimo se han transformado en renovación, nuevos comienzos. Toda vida tiende a crecer así, en el misterio envuelto en paradoja y contradicción, bien centrado, en lo más íntimo del corazón, en la divina misericordia⁶.

Incluso al final de su vida, en una conferencia pronunciada en Alaska, Merton citaba a Martín Buber, quien

⁵ Merton, *Entering the silence*, 488 [*La vida íntima de un gran maestro espiritual: Vol. I. (Diarios 1939-1960)*, 149] [N. del T.: este texto también se encuentra en *El Signo de Jonás* (Barcelona: Éxito, 1954), 316].

⁶ Thomas Merton, “First and Last Thoughts: An Author’s Preface,” *A Thomas Merton Reader*, ed. Thomas P. McDonnell, rev. ed. (Garden City, NY: Doubleday Image, 1974), 16-17.

reflexiona también sobre el hombre que tiene un “temperamento contradictorio complejo”, un tema del cual yo podría decir muchas cosas, porque esas palabras me describen perfectamente. Es duro vivir con ese tipo de temperamento, pero son muchas las personas que lo tienen y nadie debería sentirse condenado a ser complejo y contradictorio para siempre. Buber afirma que en centro de nuestra alma la fuerza divina en su profundidad es capaz de actuar sobre el alma cambiándola, aglutinando las fuentes conflictivas, amalgamando los elementos divergentes. Es capaz de unificarla. Buber no duda de que en lo más profundo de nuestras almas está presente un poder de Dios que si, lo dejamos actuar, conseguiremos unificarnos⁷.

Esta conciencia de su propia “paradoja” y “temperamento contradictorio” hizo de él una persona ideal para trabajar con los monjes jóvenes dada la naturaleza paradójica de éstos.

Poco después de ese viaje a Alaska yo pasé a ser estudiante y a estar bajo su cuidado. Recuerdo la primera vez que fui a verlo. Por aquel entonces siempre nos arrodillábamos para recibir la bendición, y permanecíamos así mientras hablábamos con el padre maestro o el abad. Sin embargo, después de dar su bendición, Merton dijo: “siéntate”. ¡Esto fue una revolución! Con esto expresaba el respeto que él sentía por cada persona y el modo en que las consideraba, no como “sujetos” sino como hermanos e hijos. A su debido tiempo eso se volvió práctica común en todos los superiores. Merton después preguntaba cómo iban las cosas. La mayor dificultad que yo encontraba entonces tenía que ver con la oración. El maestro de novicios tenía la costumbre de dar unos “puntos de meditación” todas las tardes, a fin de preparar la meditación de la mañana. Estos puntos se fundamentaban en los evangelios según el método tradicional ignaciano: composición de lugar, situarse uno mismo en el lugar de los hechos, y responder al Señor según indican o sugieren los evangelios. Sin embargo yo nunca había sido capaz de orar de ese modo y sentía a la vez un sentimiento de frustración y de que algo no iba bien. Pero cuando le expliqué esto a Merton, su respuesta fue muy sencilla: “Bien, parece ser que el Espíritu Santo está trabajando”. Esto fue para mí una completa libe-

⁷ *Thomas Merton in Alaska*, ed. Robert E. Daggy (New York: New Directions, 1989), 150 [*Dos semanas en Alaska* Barcelona: Oniro, 2000], 221].

ración, manifestándome que quizá Dios me estaba llamando a seguir otro camino hacia una forma más sencilla de oración. Esto era típico de Merton. Era capaz de aceptar a cada persona como era y animarnos a responder a las inspiraciones interiores del Espíritu. No trató de formarnos en su propio camino, sino que nos animaba a descubrir nuestro camino personal hacia Dios y a vivir la vida monástica.

Como maestro de estudiantes nos daba una conferencia semanal. Estas conferencias las llevaba siempre bien preparadas y fundamentadas en la tradición monástica, aunque intercalaba algunos temas de interés actual. Nos dio una visión general de los escritos de san Bernardo. Fue mientras hablaba de *Los grados de la humildad y la soberbia* de san Bernardo cuando desarrolló su pensamiento en torno a la compasión. Merton dijo que la importancia de estos grados de Verdad en Bernardo es que son grados de *experiencia* por los cuales ascendemos desde la experiencia de nuestra propia miseria hasta la experiencia de la grandeza de Dios, a través de la puerta estrecha de la compasión. La llave de esa compasión es Cristo. De hecho, el misterio de Cristo es central para todo, por eso es a través de este misterio, vivido y aplicado en las relaciones con nuestros hermanos en el monasterio, como ascendemos a la contemplación.

San Bernardo utilizó Hebreos 5, 8 para explicar cómo Cristo “con lo que padeció experimentó la obediencia.” Merton decía que Jesús, *experimentando* nuestra miseria por la compasión, es la clave de la vida mística. Jesús, que es Verdad y Vida en sí mismo, no sólo nos envía luz para conocernos a nosotros mismos, sino que descendiendo a nuestro nivel para ser nuestro camino hacia el Padre. Su descenso es compasión. Su camino es compasión. Debemos estar unidos a Él para retornar al Padre, o estaremos en el camino equivocado. Estamos unidos a él no por nuestra compasión hacia ÉL sólo, sino porque estamos unidos a Su Compasión. Estamos unidos a Él por nuestra compasión a los hermanos, amándonos unos a otros como Él nos ha amado. Pero san Bernardo extiende el significado del texto de san Pablo a todo el Cuerpo Místico. Jesús, en su Cuerpo Místico, siempre está “aprendiendo compasión,” en tanto

que los miembros aprenden lo que la Cabeza aprendió por Su experiencia. De ahí, pues, los tres grados de experiencia: (1) Experiencia de nuestra propia miseria –“Verdad en nosotros”, que nos juzga a la luz de la Verdad; (2) Experiencia de la miseria de nuestro prójimo –“Verdad en el prójimo”–, unión con la Verdad por el amor fraterno; (3) Experiencia de la Verdad en sí misma –unión con Dios por puro amor. Bernardo dice que la Verdad nos enseña primero a través de los otros, y sólo después en nuestra propia naturaleza. Las Bienaventuranzas hablan primero de los misericordiosos, y después de los puros de corazón. La idea de san Bernardo de la vida comunitaria no es sólo que *carguemos* con el modo de ser de los demás, sino que en cierto sentido lo *compartamos*. “Alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran” (Romanos 12, 15). Quien no ha llegado a la unión fraterna por la compasión lo demuestra juzgando y reprendiendo violentamente las faltas de los otros. Esto sucede porque tales personas no conocen la verdad, están cegadas por el orgullo –es decir, amor desordenado– de su propia excelencia. En estos grados, Dios mismo se hace más íntimo a nosotros. En el primero, cuando estamos unidos a Él por el juicio de nosotros mismos, Él se hace nuestro Maestro. En el segundo, cuando estamos unidos a la Verdad de los demás y nos hacemos sus amigos hermanos, Él se hace nuestro amigo y hermano. Y en el tercero, cuando estamos unidos a la Verdad en sí misma, Él se hace nuestro Amante⁸.

Merton dijo, siguiendo a san Bernardo, que este es el orden adecuado por el cual ascendemos a la contemplación: a través de la compasión a la contemplación, la verdad en los otros y luego en Dios. Adecuarnos a la compasión nos prepara para adecuarnos a la unión transformante. Debemos ser capaces de ser transformados moralmente en nuestros hermanos antes de que seamos transformados místicamente en Dios. La prueba de esto puede encontrarse en san Juan: “Si alguno dice: ‘Amo a Dios’ y aborrece a su hermano, es un mentiroso” (1Jn 4, 20) y “la verdad no está en él” (1Jn 2, 4). Se da una auténtica situación de causa y efecto en esta rela-

⁸ Thomas Merton, “An Introduction to Cistercian Theology.” Unpublished notes of Lectures given to the Scholastics at the Abbey of Gethsemani, 71 [N. del T.: Este texto sin publicar existe en español, y fue realizado en el Monasterio de Sobrado de los Monjes].

ción. Tal caridad purifica realmente y prepara al alma para la unión mística.

Merton habló también de temas muy variados, según se presentaba la ocasión. De vez en cuando proponía a los estudiantes audiciones de música clásica, poesía y literatura, para que su formación pudiera ser completada tanto en los aspectos humanos como espirituales. Animaba para que hubiera intercambio de opiniones con él durante sus conferencias, y mostraba un claro entusiasmo cuando los estudiantes participaban en la discusión. ¡Pero los estudiantes que intentaban pasarse de listos pronto se veían en problemas! Era capaz de inyectar ingenio y humor en sus conferencias. Éstas todavía pueden escucharse en grabaciones sonoras y se puede descubrir un Merton diferente del mero autor espiritual. Siempre que moría un monje, Merton le dedicaba una conferencia sobre su vida. En éstas demostró un profundo conocimiento y compasión por sus hermanos, reflejando incluso sus idiosincrasias bajo una luz que los hacía más reales y comprensibles.

Merton enseñó no sólo mediante palabras y clases, sino particularmente también con su ejemplo. Era muy celoso de la oración y la soledad. Había luchado durante años con la idea de una llamada a la Cartuja y a una mayor soledad. Se dio cuenta de que fue precisamente esta lucha lo que le capacitó para entender mejor y ayudar a aquellos monjes jóvenes en sus inevitables dificultades; incluso vio todo esto como una llamada a saber utilizar las oportunidades que tenía a mano. En 1952 el abad le concedió una cabaña de herramientas que quedó inservible después de la construcción de la nueva casa para retiros. Fue trasladada al bosque que está tras el monasterio. Merton la utilizó como su primera ermita, y la llamó Santa Ana. Le gustaba ir allí a orar, leer o escribir siempre que podía. Poco tiempo después obtuvo permiso por primera vez para que los monjes jóvenes fueran al mismo bosque después de comer. Todos los que quisieran (siempre fueron pocos) podían pasearse libremente por algunas partes de los bosques. Una vez le pregunté si no afectaría a su propia soledad tenernos por allí merodeando. Pero inmediatamente me contestó que disfrutaba muchísimo sabiéndonos allí fuera. Se alegraba al ver que otros

respondían con entusiasmo a una experiencia de soledad, aunque fuera breve.

De vez en cuando, los días de fiesta, cuando no había trabajo, conseguía una furgoneta y llevaba consigo a quien quisiera salir a las colinas más allá de la carretera. El propósito era claramente el de plantar pinos en los bosques, pero esto también ofrecía la oportunidad de experimentar la soledad de los extensos bosques.

Pero el amor de Merton por la soledad no era una evasión de los conflictos comunitarios. Era una persona muy sensible y sentía profundamente cualquier conflicto entre sus hermanos. Por eso escribía conscientemente en 1953:

Es importante, también, estar en conflicto con las personas con quienes se convive, a fin de que las diferencias puedan limarse con sacrificio y sin ira. Al estar en conflicto con otro uno debe volver a sí mismo, debe redescubrir todas las faltas y debilidades y pasiones que la "paz" de la soledad tenía aparentemente en reposo... He descubierto que he aprendido realmente que esos conflictos son una de las cosas buenas de la vida monástica; no deben ser temidos, sino *enfrentados*. Debemos aprender a sacar provecho de nuestros propios errores y de los errores de los demás. Y la forma de hacerlo consiste en darse cuenta de que ni los errores, ni las faltas ni la fragilidad pueden separarnos de la caridad de Cristo cuando nos percatamos de que esa misma caridad limpia y embellece todo lo demás⁹.

Una de las principales áreas de conflicto que Merton encontró en la vida de comunidad fueron sus relaciones con el Abad Dom James Fox. Ambas personas eran enormemente bien dotadas y también eran caracteres extremadamente complejos. Michael Mott, en su biografía, describe así la actitud de Merton hacia la autoridad: "Merton era ambiguo a nivel muy profundo; era rebelde por naturaleza, un crítico nato y voluble, y convenía apaciguarlo... Fue un rebelde que ganó y mantuvo reputación de obediente"¹⁰. Por otra parte, Mott se refiere a la postura de Dom James:

Dom James no era un tirano por naturaleza, y Merton tampoco era una víctima por naturaleza. Pero ambos roles estaban de por medio en la si-

⁹ Thomas Merton, *A Search for Solitude: Pursuing the Monk's True Life*, ed. Lawrence S. Cunningham (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996), 40-41 [N. del T.: Este texto no está en la edición española de los *Diarios 1939-1960*].

¹⁰ Michael Mott, *The Seven Mountains of Thomas Merton* (Boston: Houghton Mifflin, 1984), 279.

tuación monástica. Los conflictos que Merton mantenía con Dom James no eran manifiestos. No podían serlo, porque era muy propio de la naturaleza de Dom James Fox evitar los conflictos, evitar la ira con una sonrisa, desvanecer todo rencor emergente y disputas con dulzura. Fue la dulzura (la palabra está cuidadosamente elegida) lo que llevó a Merton a veces a verse desconcertado... Dom James, sin embargo, hablando y sonriendo dulcemente, podía ser despiadado¹¹.

Pero los problemas de Merton con el abad no eran simplemente un “problema con la autoridad”. Desde luego que él padecía algo de esto, pero no de modo muy diferente a otros monjes; lo que sucedía es que Merton parecía sentir la autoridad de Dom James como una intrusión en su propia soledad interior. En sus “Notas para una filosofía de la soledad”, Merton escribió:

Una de las primeras cosas esenciales de la soledad interior de la que hablo es que consiste en la realización de una fe en la que el ser humano se hace responsable de su vida interior. Se enfrenta a todo su misterio, en presencia del Dios invisible. Y toma sobre sí la tarea solitaria, incomunicable y apenas comprensible de seguir su camino a través de la oscuridad de su propio misterio hasta descubrir que ese misterio y el misterio de Dios emergen de una misma realidad, que es la realidad única... Las palabras de Dios... tienen el poder de señalar el camino en la oscuridad. Tienen también el poder de iluminar esa oscuridad. Pero lo hacen perdiendo su forma de palabras y convirtiéndose, no en pensamientos, no en cosas, sino en el indecible latido de un corazón dentro del corazón de nuestra vida¹².

Merton deseaba ser capaz de enfrentar esta soledad interior y poder tomar decisiones sobre la base de lo que este “corazón dentro del corazón” le revelaba en su soledad. Sabía que corría el riesgo de tomarse las cosas por su cuenta; pero se sentía llamado a ese riesgo:

La esencia de la vocación solitaria es precisamente la angustia de un riesgo casi infinito. Demasiada gente está dispuesta a apartarle a cualquier precio de lo que ellos piensan que es el borde del abismo. Y en verdad es un abismo, pero no comprenden que el que es llamado a la soledad es llamado a atravesar el espacio del abismo sin peligro pues, después de

¹¹ Ibid., 279-80.

¹² Thomas Merton, *Disputed Questions* (New York: Farrar, Straus and Cudahy, 1960), 180 [*Cuestiones disputadas. Humanismo cristiano* (Barcelona: Kairós, 2000), 120].

todo, el abismo es únicamente él mismo. No debería verse obligado a sentirse culpable por ello, pues en esta soledad y vacío de su corazón hay otra soledad, aún más inexplicable. La soledad del hombre es, en realidad, la soledad de Dios¹³.

Merton, como cualquier persona formada bajo la *Regla de san Benito*, desde luego que sabía muy bien el valor y el papel de la obediencia al abad y a las normas del monasterio; por eso era plenamente consciente de los peligros de la mera presión social. Se daba cuenta muy bien de que las presiones sociales, las expectativas e imágenes de grupo determinan la conducta de mucha gente, especialmente hoy. Pero el solitario está llamado a evitar la satisfacción ilusoria de semejantes imágenes sociales:

El ser humano dominado por lo que he llamado la “imagen social” es alguien que se permite ver y aprobar en sí mismo sólo lo que su sociedad prescribe como benéfico y digno de elogio en sus miembros... Y, sin embargo, se congratula de “pensar por sí mismo”. En realidad, se trata únicamente de un juego que él se monta dentro de su cabeza: el juego de sustituir sus experiencias auténticas por las palabras, las consignas y los conceptos que ha recibido de la sociedad. O, más bien, siente alzarse dentro de sí, como si fueran su propia “experiencia espontánea”, esas consignas socialmente establecidas¹⁴.

Con todo, incluso en este tema Merton mostró una clara compasión por el hombre de hoy. Queda patente en la experiencia que él tuvo en Louisville en 1958 cuando “de repente me abrumó darme cuenta de que amaba a toda esa gente, de que todos eran míos y yo de ellos, de que no podíamos ser extraños unos a otros aunque nos desconociéramos por completo”¹⁵. Expresó esto mismo en sus diarios íntimos:

Fue como si despertase de un sueño: el sueño de mi distanciamiento, de la vocación “especial” a ser diferente. Realmente, mi vocación no me hace diferente del resto de los hombres ni me coloca en una categoría especial si no es de manera artificial, jurídicamente. Yo sigo siendo un miembro de la raza humana, y ningún otro destino es más glorioso para el hombre,

¹³ Ibid., 185, 190 [Ibid., 124-25].

¹⁴ Ibid., 186 [Ibid., 125].

¹⁵ Thomas Merton, *Conjectures of a Guilty Bystander* (Garden City, NY: Doubleday, 1966), 140 [*Conjeturas de un espectador culpable* (Barcelona: Pomaire, 1967), 146-47].

si tenemos en cuenta que la Palabra se hizo carne, convirtiéndose también en miembro de la Raza Humana¹⁶.

Esta experiencia de estar unido en Cristo a todo el género humano condujo a Merton a una nueva fase de su vida de escritor. Mediante la experiencia de sentir a todos como uno en Cristo, tomó mayor conciencia de la dimensión social de la vocación cristiana, así como también de la dimensión social de su propia vocación monástica. Jesucristo nos dijo que el juicio final consistiría únicamente “en lo que hayáis hecho –o no– al más pequeño de mis hermanos” (Mt 25). ¿Por qué no cumplimos el mandato de Cristo de amar como Él nos ha amado? Merton dice: “La raíz de la guerra es el miedo”¹⁷. Es también la fuente de toda violencia e injusticia de unos con otros. Descubrió a Gandhi y se quedó maravillado de su habilidad para contemplar la unidad de lo sagrado y lo secular, y para unir en su propia vida aspectos contemplativos y activistas. Gandhi se apercebó de que “no puede haber paz en la tierra sin el tipo de cambio interior que devuelve al hombre su ‘cordura’”¹⁸. Esta “cordura” es la mente de Cristo, una mente libre de temor, violencia e injusticia. Esta conciencia llevó a Merton a ampliar su repertorio de escritos sobre las relaciones de la raza humana, la no-violencia, la proliferación de armas nucleares, y la guerra del Vietnam. También incrementó su correspondencia con muchas personas que estaban ya comprometidas con estos temas. En cierto momento esto le produjo ciertos conflictos con el Abad General de los Trapenses, quien le ordenó formalmente que dejara de escribir sobre esos temas. También el Cardenal Spellman, Vicario General castrense de los Estados Unidos manifestó sus objeciones ante las denuncias de la política de los Estados Unidos. Merton respondió obedeciendo, aunque distribuyendo sus escritos policopiados y no impresos. Con el tiempo fue reivindicado por la encíclica del Papa Juan XXIII *Pacem in Terris*.

Muchos de esos escritos de los años 60 son desgraciadamente tan oportunamente actuales como cuando él los escribió. La política mundial sobre justicia y paz, armamentos y no-violencia ha

¹⁶ Merton, *Search for Solitude*, 182 [*Diarios, 1939-1960*, 178].

¹⁷ *N. del T.* Así se titula uno de los capítulos, el 16, de *Nuevas semillas de contemplación* (Santander: Sal Terrae, 2003), 70.

¹⁸ Thomas Merton, *Gandhi on Non-Violence* (New York: New Directions, 1965), 20 [*Gandhi y la no-violencia* (Barcelona: Oniro, 2000), 53].

cambiado poco, o nada. El mundo todavía está dominado por el miedo y por la guerra, hoy día con el marchamo del terrorismo en todas partes del mundo. Merton todavía podría decirnos hoy:

La obligación del cristiano en esta crisis es esforzarse con todas sus posibilidades e inteligencia, con su fe, su esperanza en Cristo, y amor por Dios y la humanidad, en realizar la tarea que Dios nos ha impuesto en el mundo de hoy. Esta tarea es luchar por la abolición total de la guerra. Es un problema terriblemente complejo y de enorme magnitud, para el que ni siquiera la Iglesia misma es completamente capaz de ver soluciones claras y decisivas. Con todo, la Iglesia debe liderar el camino para la resolución no violenta de las dificultades y encarar la abolición total de la guerra como medio de solucionar las contiendas internacionales o civiles. Los cristianos deben tornarse activos en todos los medios posibles, movilizando todos sus recursos para la lucha contra la guerra¹⁹.

En 1965 Merton recibió finalmente permiso para vivir su horario completo en la ermita de Getsemaní. Pero incluso allí continuó con sus escritos y sus contactos con mucha gente, bien mediante cartas o encuentros personales. Fue para él un tiempo de gran tensión y un tanto paradójico. Por una parte había conseguido su mayor aspiración en cuanto a soledad se refería; pero, por otra, se sentía impulsado a continuar sus esfuerzos, a través de sus escritos y de sus contactos, a favor de la paz. Se lanzó, literalmente, en dos direcciones. En 1966 todo esto le pasó factura espiritual, física y psicológicamente. Hubo quienes se dieron cuenta de que quizá estaba al borde de una crisis nerviosa. Fue durante este tiempo cuando experimentó la mayor crisis de su vida monacal.

En junio de 1965 recordaba a una joven muchacha que había conocido en Inglaterra. Sentía que ésta era “el símbolo de la mujer genuina (calma) con la que nunca me las arreglé en el mundo y, debido a ello, persiste en mí algo incompleto que no puedo remediar”²⁰. Este sentimiento de “falta de algo” le agobió en varios sentidos. Le condujo a dudas punzantes tales como si sería capaz realmente de amor ver-

¹⁹ Thomas Merton, *Passion for Peace: The Social Essays*, ed. William H. Shannon (New York: Crossroad, 1995), 12.

²⁰ Thomas Merton, *A Vow of Conversation: Journals 1964-1965*, ed. Naomi Burton Stone (New York: Farrar, Straus, Giroux, 1988), 194 [*Diario de un ermitaño. Un voto de conversación, Diarios 1964-1965*, Buenos Aires: Lumen, 1998), 256].

dadero, si sentiría lo que significa ser amado de verdad por los otros y, consiguientemente, si su soledad sería realmente auténtica o un huída parcial de ese disgusto subyacente consigo mismo. Era lo suficientemente honesto consigo mismo como para no intentar pedir que el amor divino le compensase completamente del amor humano. Comprender esto es lo que le llevó a una gran apertura en compartir y amar: a sus hermanos en el monasterio, a sus amigos fuera de él, a aquellos a quienes conoció únicamente por correspondencia. Pero, a pesar de todo, era consciente de que “algo le faltaba”.

Margie, la enfermera del hospital St. Joseph de Louisville, llenó de forma definitiva esta laguna. Merton era consciente de su amor por ella y del de ella por él. Cayó en su habitual honestidad consigo mismo. Se dio cuenta de la que la situación era “absurdamente imposible” y así y todo siguió adelante, dividido entre su dedicación a la vida de soledad y su amor por ella: “No se sabe nada de la soledad si uno no ha estado enamorado, y enamorado *en su soledad*. Amor y soledad deben someterse a prueba mutuamente en el hombre que piensa vivir solo: deben llegar a ser una y la misma cosa en él, o éste será únicamente la mitad de una persona”²¹. Finalmente las cosas se resolvieron cuando se le fueron de las manos. Uno de los hermanos de la abadía escuchó una conversación telefónica y fue a contárselo al abad. El primer biógrafo de Merton, John Howard Griffin escribió: “Aunque preocupado casi hasta llegar al pánico, Merton se sintió sacudido por un sentimiento de alivio al ver que el asunto estaba ya sobre el tapete. Desde este punto de vista de apertura cambio su propio modo de ver las cosas. Se dijo a sí mismo que había que hacer frente al hecho de que había estado equivocado”²². Merton fue capaz, con la ayuda de amigos y consejeros, de resolver este asunto a tiempo y ambos estuvieron de acuerdo en que no deberían tener ningún contacto. Esto fue realmente un trauma para Merton. No sabemos el efecto que esto causó en Margie. Ella ha mantenido un hermético silencio sobre el tema durante todos estos años de un modo de modo que sólo puede causar la más grande admiración hacia su persona.

²¹ Thomas Merton, *Learning to Love: Exploring Solitude and Freedom*, ed. Christine M. Bochen (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1997), 315.

²² Griffin, John Howard. *Follow the Ecstasy* (Fort Worth: Latitude Press, 1983), 101.

Esto sirvió para confirmar a Merton que poseía la capacidad auténtica de amar plenamente y que, en respuesta, podía ser amado. Supuso una gran liberación para él.

Sin embargo, todavía tuvo que enfrentarse con otro polo de tensión durante los dos años de vida eremítica. Recibía visitas de amigos, corresponsales, editores, amigos del monasterio, así como otros que venían sin ser invitados ni anunciados. Con el tiempo comenzó a pasar más tiempo en los bosques que en la ermita a fin de evitar intromisiones. La tensión le llevó finalmente a un deseo de soledad mayor del que había encontrado en la ermita.

Merton fue invitado a una reunión monástica en Bangkok. El nuevo abad dejó que Merton tomara libremente la decisión por sí mismo y, por lo tanto, decidió viajar a Oriente. Podría objetarse que por qué Merton no decidió sencillamente quedarse en su ermita, limitar sus contactos más y experimentar así la soledad que ansiaba. Quizá esto hubiera dado resultado en otros muchos casos, pero no en el de Merton. Así como deseo *experimentar* no sólo soledad sino también amor, quiso experimentar por sí mismo cómo practicaban los monjes orientales la clase de vida que deseaba para sí. Dijo que su propósito de ir a Oriente era aprender más no sólo cuantitativa sino cualitativamente. Finalmente el asunto quedó resuelto para él mediante una descarga eléctrica que lo condujo a la plena soledad y al pleno amor.

Thomas Merton –o Fr. Louis– fue un individuo especial. Desde luego que puedo decir que conocerlo y vivir con él ha sido uno de los mayores dones de mi vida. El hecho de que todavía siga hablando tan elocuentemente a mucha gente cuarenta años después de su muerte, muestra que realmente había vivido esa clase de soledad de que ha escrito, una soledad que lo llevó a él no sólo a lo íntimo de su corazón, sino al corazón de cada persona con la cual él es uno en Cristo.

Pues en este “yo” más íntimo, mi propia soledad encuentra la soledad de cada ser humano y la soledad de Dios. Por tanto, está más allá de la división, más allá de la limitación, más allá de la afirmación egoísta. Es únicamente este “yo” íntimo y solitario el que ama verdaderamente con el amor y el espíritu de Cristo. Este “yo” es Cristo mismo, viviendo en nosotros; y nosotros, en Él, viviendo en el Padre²³.

²³ Merton, *Disputed Questions*, 207 [*Cuestiones disputadas. Humanismo cristiano*, 144].